

bárbara é inaudita ferocidad (1). Trabóse entre las tropas y el pueblo un horrible combate; pero aquellas, sorprendidas, diseminadas, y sin órdenes á que atenderse, fueron vencidas y arrolladas en todas partes, y tuvieron que encerrarse y fortificarse en los cuarteles y en el palacio, y hacer allí una gallarda defensa.

Jamás el pueblo napolitano, aunque sin una sola cabeza que dirigiera sus operaciones, se mostró tan acertado en el ataque, ni tan tenaz en la pelea. Mientras unas turbas combatían, aunque diezmaron por la arcabuceria española, otras se apoderaron de la Aduana, y sacaron de ella gran cantidad de armas de fuego y cuatro mil espadas; y otras conducían artillería y la colocaban, no sin acierto, en los puntos desde donde podían molestar más al palacio y á los castillos; y otras, en fin, abastecieron el torreón del Carmen de vituallas, municiones y cañones gruesos.

El ardiente alborotador del barrio de Mortelle, Andrea Polito, de oficio bathioja, armó un peloton de sus vecinos, y con él sorprendió la cartuja de San Martín, y se apoderó de ella, poniendo en gran peligro el castillo de Santelmo, que está contiguo al monasterio, y colocando oportunamente cuatro piezas de artillería en aquellas alturas. En terrible aprieto iban poniendo al Virey y á las armas españolas las rápidas ventajas que aquel tremendo día daba la ciega fortuna á la sublevación. Y mientras los españoles fortificaban á toda prisa el palacio, colocando falconetes en los balcones y azoteas, y atajando la plaza con cortaduras y faginas, sin cesar un momento el fuego, y estrechados sin respiro por las embrevadas turbas, el Duque pensó en abastecer el castillo, apretado y sitiado por todas partes, escasísimo de municiones y de vituallas, y dominado ya por los puestos populares establecidos en San Martín y en Pizzo-falcone. Mandó pues á las galeras, que por quitarse del tiro del torreón del Carmen se habían alejado bastante de la playa, que fueran á remo á la torre de la Annunziata y á Castelmare á recoger cuanto grano y harina hubiera en los molinos. Pero todo fue en vano: el pueblo conoció á lo que iban las galeras, y despachó emisarios que imposibilitaron su intento.

Llegaba la noche, no cesaba la pelea, ni cesaba un punto la fatiga universal. Y abatido y confuso el Virey, acudió al Cardenal arzobispo pidiéndole encarecidamente que saliese á probar la mano con el pueblo, tratando de calmarlo de un modo ó de otro, para salvar la ciudad y el reino todo de los horrores sin cuento que sobre él se precipitaban. No rehusó el Prelado la comision, y sin vacilar un momento recorrió á caballo las calles y plazas, acompañado de José Palumbo (que sin querer nunca ser el primero en el mando, conservaba prudentemente el mismo puesto y la misma reputación que en tiempo de Masaniello), y sin evitar los sitios en que silaban las balas y en que era más espantosa la carnicería, exhortaba á todos con ruegos y con lágrimas á la paz y á la tranquilidad. Vagos fueron sus esfuerzos, pues si bien halló, como siempre, en todas partes respeto y aun veneración, no encontró en ninguna más que sed de sangre y de exterminio, y una especie de rabia infernal, que no dejaba lugar alguno á la razon. Trató varias veces de penetrar en Castelnuovo para conferenciar con el Virey, pero le fué imposible conseguirlo; y rendido y horrorizado regresó á su palacio sin haber logrado nada, cuando ya estaba muy avanzada la noche. Esta fué tan espantosa como el día que la precedió, pues no cesó el tiro, retumbando sin cesar los cañonazos y continuando las obras de ataque y de defensa á la horrenda luz de las llamas de los incendios.

#### CAPITULO V

Al día siguiente, reunidos los distintos jefes populares, que separadamente y sin un plan determinado habían dirigido las felices y oportunas operaciones del anterior, trataron de buscar una cabeza suprema, que dando unidad al movimiento, utilizase las ventajas conseguidas; y resolvieron ponerse en manos del acreditado militar don Carlos de la Gatta, el que, como dejamos dicho, defendió la importante plaza de Orbitello. Pero este leal caballero rechazó cuantas propuestas le fueron hechas, y se resistió tenazmente á ponerse á la cabeza de los sublevados; manifestando que no sólo sus dolencias y su avanzada edad se lo impedían, sino también su honra y sus juramentos. Desahuciados los revoltosos por hombre de tanta importancia, se desconectaron, y volvieron los ojos á don Francisco Toraldo de Aragón, príncipe de Massa, maestro de campo general, acreditado últimamente de perito y esforzado guerrero en las revueltas de Cataluña. Grandemente sorprendió á tan ilustre persona la elección del pueblo sublevado, y trató de eludir con noble entereza. Pero el cariño de su mujer, joven y hermosa, que cayó en poder de los alborotadores, custodiándola como rehenes de la decision del marido, y las secretas persuasiones de los confidentes del Virey, temerosos de que cayese el su-

(1) De Santis.

premo mando en otras manos menos fieles á la corona de España, le obligaron á aceptar, para evitar mayores males, la direccion suprema de una rebelion furibunda. No juzgamos, sin embargo, disculpada su aceptacion; porque creemos que el que no participa de las ideas y proyectos de las turbas es capitanea, tiene escasa fuerza para conternelas y evitar males; y falta, con un especioso pretexto, á los deberes de la honra y de la conciencia. El príncipe Toraldo quiso tranquilizar la suya, y para conseguirlo, exigió una declaracion solemne de los jefes populares, que se extendió ante notario público y en toda forma, de que la sublevacion no era de modo alguno contra los derechos de la soberanía real (2).

Púsose pues á la cabeza del amotinado pueblo, y nombró su teniente de maestro de campo general á Onofre Désio, entendido militar, fiel á la corona de España, y sujeto de altas conexiones en el consejo Colateral y muy bien querido del Virey; y acreditó en aquella ocasion su extrema sagacidad, navegando sin tropiezo en aquel mar tan borrascoso y tan erizado de escollos y de bajos.

Reconoció por todos los barrios de la ciudad sin la menor contradiccion como capitán general del fidelísimo pueblo, don Francisco Toraldo montó á caballo con su teniente, y visitó todos los puntos militares, donde fué recibido con vivas aclamaciones. Al llegar al de la cartuja de San Martín, donde mandaba Andrés Polito, se sorprendió al ver que este hombre audaz había concebido el proyecto de minar el castillo de Santelmo, y que llevaba ya no sólo comenzada, sino muy adelantada la obra, dirigida con inteligencia suma hácia la cisterna de la fortaleza. Y conociendo el peligro en que estaba punto tan importante, elogió el proyecto para inspirar confianza, y aprobó la ejecucion; pero para retardarla, manifestó que no debía apresurarse hasta que estuviesen hechos los preparativos necesarios para entrar con toda seguridad en el fuerte, de los que ofreció ocuparse sin demora. Y dió aviso secreto de la mina al castellano para que estuviera alerta, y al Virey para que mandara refuerzos.

Entretanto el duque de Arcos quiso tentar algun medio de concordia, y envió mensajeros al pueblo con una cédula de indulto, y con nuevas ofertas de observar la capitulacion. Pero todo en vano: pues no consiguió más que recoger nuevas pruebas de desconfianza y de desprecio, degradantes insultos á su autoridad, y atroces maldiciones á su detestada persona.

Con más fruto trabajaba el Cardenal-arzobispo: recorriendo desde muy temprano la ciudad, conoció el verdadero estado de los ánimos, y trató de sacar el partido posible. A pesar del aspecto terrible de la sublevacion en el día anterior, y de las positivas ventajas que había obtenido, no era tan unánime como parecía, ni tan compacta como se juzgaba; pues mientras las turbas de proletarios y la gente verdaderamente acalorada combatian con buen éxito, y combatian sin cesar y encarnizadamente, la parte del pueblo que tenía algo que perder, los mercaderes, los curiales, los propietarios, deseaban que no pasasen las cosas muy adelante, porque aquel estado de agitacion y de guerra perjudicaba á sus intereses; y en ellos buscó el sagaz Prelado el apoyo de sus negociaciones. Logró, no sin trabajo, reunir en el convento de San Agustín una junta compuesta de gente granada, con los electos de los sediles y muchos capitanes del pueblo. Y allí, reconoció como principio de la nueva comocion la opreusion del presidente Cenamo, se decidió que se procuraran al Virey nuevos artículos adicionales á las capitulaciones. Y que en ellos se expresase terminantemente: que todos aquellos, y sus hijos, cuyas casas y efectos habían sido quemados por el pueblo, saliesen desterrados para siempre del reino; que los signatarios del certificado en favor de Cenamo salieran de él por diez años, y que el pueblo pudiera castigarlos además á su gusto; que se concediese pleno indulto por los acontecimientos del día anterior; que no se persiguiera á los que habían asaltado la Aduana y apoderádose de las armas que en ella había; que se entregara al pueblo el castillo de Santelmo y que se guarneciera el palacio con tropas populares; con otras disposiciones aclaratorias, compendiando en todo cincuenta y ocho artículos. Y para que la negociacion pudiera entablarse con facilidad, dispuso la junta una suspension de armas el tiempo que duraran las conferencias. En señal de esta tregua enarboló bandera blanca el torreón del Carmen, fortaleza de los sublevados, y lo mismo hizo Castelnuovo, adonde se dirigió Filomarino con general aplauso. Pero los sublevados que ocupaban á Pizzo-falcone, ó no vieron la señal, ó no quisieron sujetarse á ella, y atacaron el palacio con gran furia por la parte del jardín, ocupando las casas que lo dominaban. Apretado el general Tuttavilla, que tenía el mando de las tropas, pidió socorro al Virey; mas éste, perplejo é indeciso, como siempre, y temeroso de echar á perder la negociacion pendiente rompiendo la tre-

(2) De Santis. — Capeclatro, MS. — Comte de Modéne. — Raph. de Turrís.

gua, nada resolvió. Cuando un caballero español, que estaba á su lado mientras se discutía vagamente en consejo pleno, levantándose impaciente, dijo con rostro encendido y acalorado acento: *¡Qué se espera...! ¡Queremos acreditarlos de cobardes y morir como gallinas!*... Palabras que, como dice el historiador Santis, despertando al Duque de su pesado letargo, le compelió á dar la inesperada orden de que obrara la artillería de los castillos.

Los primeros tiros de Castelnuovo bastaron para desalojar al pueblo de las inmediaciones del jardín. Y volviendo luego la puntería á las calles del puerto, empezaron á causar grave daño en las masas populares allí reunidas. Los jefes de éstas, para obligar á que cesase el fuego, discurrieron levantar de pronto y de cualquier modo un dosel con el retrato del rey Felipe IV. Y como una bala lo echase por tierra, empezaron todos á gritar como energúmenos: que el Duque y los españoles eran traidores y reos de muerte por tan grave desacato, delito de lesa majestad (3).

Empezó Santelmo también á jugar su artillería con daño de los sublevados, que se agolparon al puente de los Angeles en Pizzo-falcone, adonde acudió confuso y turbado don Francisco Toraldo. Derribaron las balas algunos edificios, aumentando la confusion. Pero sin amilanarse los amotinados, empezaron por desquite á disparar sus cañones desde la punta de Trevico contra Castelnuovo, contra el castillo del Ovo y contra las galeras. Y estas, acasadas además del fuego del torreón del Carmen, zarparon apresuradamente, y fueron á fondear detrás de la isla de Nisida, en la punta de Posilipo.

El cardenal Filomarino, que por estos imprevistos acontecimientos no pudo llegar á Castelnuovo, adonde dijimos que desde el convento de San Agustín se dirigía, refugióse en casa de Cornelio Spinola, y desde allí envió al Virey cuatro diputados de los que asistieron á la reunion, con los artículos en ella acordados, y con ardientes ruegos de que no retardase la aprobacion. El Duque, reanimado con este mensaje, vió un rayo de esperanza, y volvió á enarboló la bandera blanca, dando á todos los puestos orden terminante de dar fin á las hostilidades.

Andrea Polito entre tanto apretó el castillo de Santelmo, y avanzó la mina, obligando al valiente gobernador Galiano á pedir instrucciones y socorros al Virey. Y como este no le contestase, trató aquel leal y valeroso castellano, no sólo de defenderse, sino de caer con toda su fuerza sobre el sitiador. Detuviéronle algunos personajes de alta categoría, que estaban allí refugiados, y más que todo las señales de paz que vió enarboladas en Castelnuovo.

Don Francisco Toraldo, por otra parte, de acuerdo con el Virey, también trabajaba por restablecer la tregua. Y poco á poco iba consiguiendo poner en razon á las turbas, y hacer cesar el fuego y las hostilidades. Y envió á su teniente Désio á avistarse con Polito, de quien era amigo, para hacerle desistir del empeño de la mina, con reservadas ofertas de dinero, de mercedes, y de una mitra para un hijo fraile que tenía. Con lo que, amansado el patriota incorruptible, se dispuso por entonces aquel peligro (4).

Cesó por fin en todos los puntos de la ciudad la pelea, lo que agradó mucho á cuantos la paz de buena fe deseaban. Pero el duque de Arcos no envió en todo el día la ratificación de los artículos propuestos; lo que volvió á encender los ánimos, culpándole todos, con voz unánime, de los desaires que sufrían á aquella infeliz ciudad.

No eran más venturosas las provincias del reino. En todas se había considerablemente desarrollado la anarquía. Y en Chiotti y en Lanciano conrieron lastimosos desórdenes, y se regaron las calles con sangre. Y la ciudad de Capua, plaza sobre el Volturno, fronteriza al estado romano, y hasta entonces tranquila, se tocó del contagio general, obligando á la guarnicion, muy disminuida, á encerrarse en los cuarteles, y á presenciar en inacion el desenfreno del populacho y los horrores de la sublevacion. Estas noticias abatieron más y más al duque de Arcos, y aumentaron su funesta perplejidad.

#### CAPITULO VI

Al amanecer del 29 de agosto, como nada hubiese aún resuelto el Virey, continuó el pueblo los aprestos de ataque, sin curarse de la tregua. Donde más preparativos hostiles se agolparon aquella noche fué en San Martín, porque la empresa favorita de los sublevados, y tenían razon, era el ataque de Santelmo. Y concurrirán á ella á la primera luz del día más de cincuenta mil hombres, armados y preparados para en cuanto volase la mina (que creían más adelantada, porque ignoraban la mudanza de Polito), arrojarse al asalto. El gobernador Galiano, conociendo el peligro en que estaba la fortaleza, aunque aquella noche había sido socorrida por el Virey, aumentando el número de oficia-

(3) De Santis. — Capeclatro, MS.  
(4) De Santis. — Capeclatro, MS.

les con sujetos de acreditado arrojo, hizo señales á Castelnuovo. Y como no recibiese respuesta, hizo salir por una poterna disfrazado al alférez don Alfonso de Céspedes para que fuera á abocarse con el Duque. Llegó aquel felizmente á Castelnuovo, y encontró á este muy apurado porque los sublevados habían levantado aquella noche una trincheira en la calle del Olmo, y colocado en ella dos gruesas piezas de artillería, que podían destruir la puerta de Castelnuovo y derribar la cortina, aumentando el peligro el haber tomado el mando de aquel puesto Octavio Marchese, inteligentísimo artillero. Reclamó el Duque contra aquella infraccion del armisticio, y le fué contestado que la obra estaba hecha desde el día anterior. Pero no satisfecho, y alarmado con las noticias que le trajo Céspedes, avisó secretamente de todo á don Francisco Toraldo y al Arzobispo para que pusiesen remedio. Y quejose públicamente á los diputados, que habían venido al castillo y pasado allí la noche, de esta falta de buena fe.

El Capitan general del pueblo montó inmediatamente á caballo para acudir al mayor riesgo. Fué á la cartuja de San Martín. Allí consiguió, ayudándole con maña y sagacidad el mismo Andrea Polito, calmar el ardor de la muchedumbre. Con argumentos tomados de la ciencia militar, logró persuadirles, que tanta gente y tanta confusion no servian más que para hacer imposible la empresa. Y dispuso que se retirase de allí aquel inútil y embarazoso gentío, quedando sólo las tropas armadas, que dijo bastaban. Dióles por jefe la persona que le pareció más á propósito para tranquilizar los ánimos, y nombró compañero de Polito, para proseguir la mina, á un ingeniero llamado Avelone, amigo de Désio, y con instrucciones reservadas para detener la operacion. También cambió la guarnicion del monasterio, so pretexto de que debían de volver á sus casas á descansar los pelotones que hacia tres dias estaban allí padeciendo gran escasez de agua. Y cuidó de introducir otros de gente menos alborotada, con cabos más maleables. Lo mismo hizo con los demás puestos populares, recorriéndolos todos con muestras ardientes de celo por la sublevacion, pero realmente para debilitarla.

Manifestóse su teniente Désio que mientras concudiesen sólo á las armas la gente perdida y las turbas proletarias era imposible ningun razonable concierto, y que convenia obligar á tomarlas y á concurrir á los puestos á los ciudadanos acomodados, mercaderes, curiales, etc., para tener en ellos, interesados en la pública tranquilidad y en el fin de aquellos trastornos, un apoyo y una prenda de orden. Conoció Toraldo lo sagaz y oportuno de la idea, y publicó un bando llamando á las armas á todos los habitantes de la ciudad, para que entre todos se repartieran las fatigas y las glorias. Dispuso que agrado mucho al populacho, no conociendo que contra él estaba precisamente dictada.

El cardenal Filomarino, por otro lado, confabuló con unos, hablaba con otros, y reunía cabo el fiero populacho del desventurado presidente, y dilatándole una terrible agonía entre los más groseros insultos y los más dolorosos golpes, le cortaron la cabeza en el Mercado, arrastrando y mutilando el cuerpo, que abandonado luego bajo el puente de la Magdalena, sirvió de pasto á los perros y á las aves de rapiña (4).

Después de tantas consultas y dilaciones, manifestó por fin el duque de Arcos á los diputados del pueblo que no podía convenir con el artículo en que se pedía la entrega del castillo de Santelmo, por las razones expuestas cuando otra vez se hizo la misma peticion; ni acceder al otro en que se pretendía desalojar á los españoles de la guardia del palacio, porque sería esto un desaire para las tropas del Rey. Salieron de Castelnuovo los diputados con esta repulsa, que divulgada por el populacho, le hizo prorumpir en furibundos alaridos de guerra, y correr á las armas, dando la tregua por terminada. Pero el activo Cardenal-arzobispo, los hombres que deseaban la paz y los jefes populares que se avenían á la razon, y que estaban verdaderamente subordinados al general Toraldo, calmaron aquella efervescencia, y se reunieron de nuevo en San Agustín. La idea de si el apoderarse del castillo de Santelmo era ó no acto de rebelion, se discutió detenidamente. Y se hizo una consulta de letrados para dilucidarla, opinando estos que sí, como igualmente que el Virey no tenía dominio sobre los castellanos, porque la autoridad de estos procede directamente de la corona, con lo que casi todos los concurrentes se pusieron de acuerdo. Pero como no faltaban en la junta algunos doctores, interesados en que continuara el desorden, y empujados tal vez por los agentes extranjeros, no se convinieron con la decision; persistiendo furiosos en que se rompiese la negociacion, y se obtuviese por la via de las armas lo que se deseaba. Acaloróse el altercado entre unos y otros, ayudado de la gritería de la turba, que hervía en las calles

(1) De Santis. — Raph. de Turrís.  
(2) Capeclatro, MS.

circunvecinas, cuando uno de los presentes, que era letrado, clamó en alta voz: *Señores, ¡queremos ó no ser vasallos del rey de España! Si lo queremos, mostrémoslo con las obras, y hagamos una honrosa sumision; si no, rompamos el juramento de fidelidad, y aventurémonos todo en una guerra de rebeldes.* Pasmó á todos la cuestion planteada en términos tan explícitos, y Mateo Jovele, mercader de sedas, levantándose y dominando la asamblea toda con una voz de trueno, contestó: *Si, señor, queremos ser vasallos del rey de España; pero queremos ser bien gobernados.* Aplaudieron todos la respuesta, y aprovechando el momento Désio, el teniente de Toraldo, dijo: *Pues si somos y queremos ser vasallos del rey de España, sometámonos al Virey, que lo representa; y aseguremos el buen gobierno con la capitulacion, cumpliéndonos todos de buena fe.* Convino la junta, siguió la discusion tranquila y sosegada, y se determinó en ella desistir de la exigencia de Santelmo y de la guardia del palacio, y rogar al Virey de nuevo la aceptacion de los otros artículos (5).

Fueron á Castelnuovo con noticias de lo ocurrido dos diputados, el hijo de Polito, y que debía ser obispo, y el clériguin Fattorusso, de quien ya hemos hecho mencion en esta historia. Y Désio y Marchese montaron á caballo y recorrieron la ciudad con pañuelos blancos en los hastones, gritando paz. Pero al llegar al puesto de Pizzo-falcone, donde estaba la gente más alborotadora, fué tal el disgusto por tan grata nueva, que apoderándose aquellos furiosos de Désio, porque tropezó su caballo y no pudo huir, como lo verificó Marchese, llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo, se dispusieron á ahorcarlo. Ya estaban preparados el confesor y el verdugo, cuando llegaron oportunamente el príncipe de Celamare y el marqués de Oliveto, señores muy queridos en Nápoles, y los plebeyos Onofre Rosumondo, Genovino Ottone y Pedro Cano, y le salvaron la vida, gritando á los que lo iban á matar: que la paz estaba ya ajustada, y que si ellos querían otra cosa, se fuesen á sus casas, porque toda la ciudad estaba de acuerdo para que no hubiera más guerra.

También la noticia de la paz llegó á Santelmo, justamente en el momento en que escamado del bullicio y movimiento general, se preparaba Galiano á poner en juego su artillería. El electo Arpayá fué el que le llevó la nueva, arbolando un ramo de olivo para que le dejases penetrar en los puestos y los rastillos.

#### CAPITULO VII

Mucho contentó al duque de Arcos el que el pueblo desistiera de su empeño de apoderarse de Santelmo. Y para asegurar tan favorable resolucion exigió del príncipe Toraldo que se hiciera acto público, en que se extendiera en debida forma el desistimiento de aquella peticion, con pena determinada para el que la reprodujese. El Capitan general del pueblo, por complacer al Virey, convocó inmediatamente otra reunion en San Agustín, en donde se extendió el instrumento con las formalidades de estilo, firmado por el electo del pueblo, y condeñando á la pena de los rebeldes al que volviere á hablar de apoderarse del castillo. Y publicóse en seguida á són de trompeta por toda la ciudad.

Pero entre tanto, un peloton de pueblo había concluido una trincheira en la calle de San Bartolomé, contra la puerta principal de Castelnuovo, y otras obras importantes de ataque contra el palacio, en la calle de Toledo y en la bajada de Pizzo-falcone. Lamentóse amargamente de esto con los diputados el duque de Arcos, manifestándole que faltando así á la tregua, era imposible toda negociacion; y que cuando era él el primero en solicitar la paz, hostilizar con tanto descaer el castillo manifestaba poquísimo deseo de avenencia. Convencidos los diputados, salieron á hablar con los jefes de aquellos puestos para hacerlos entrar en razon. Y como respondieran que hacian aquellos preparativos porque los españoles no cesaban de hacer reusos, y que aquella misma noche habían hecho reparos y cortaduras en el jardín del Virey, para que se desengañaran de que era falso cuanto decían. Hicieron así, y viendo que todo estaba como ocho dias antes, se sosegaron. Toraldo, de acuerdo con el Virey, aprovechó la coyuntura, y logró persuadir á todos, que pues se iba á firmar la paz, y que los españoles, seguros de ella, no aumentaban sus reparos, eran ya inútiles aquellas obras; que las zanzas, espaldones y empalizadas tenían la ciudad intransitable, con grave perjuicio del vecindario, y que lo mejor era destruirlos y allanarlos. Mucho dolía al pueblo el hacerlo así; pero viendo que los españoles empezaron á derribar sus obras de defensa, que sin duda cuidarían de hacerlo con las que eran inútiles ó de pronta reparacion, y persuadidos de que era preciso dejar expeditas las calles para las fiestas con que debía celebrarse la paz,

(5) De Santis.

destruyó en un momento la obra de tantos días, desconociendo, incauto, toda su importancia.

También consiguió el Virey, por medio de Toraldo, del electo Arpayá, que viendo el giro que tomaban ya los negocios trató de ponerse en buen lugar, y de muchos de los capitanes del pueblo, que deseaban la paz de buena fe, el que se desistiera del capítulo en que se pedía que el general y jefes de la armada y de las galeras fuesen napolitanos; pues no sólo renunció la reunión de San Agustín á esta exigencia, sino que estableció pena de la vida para el que de nuevo la provocase, y para todo aquel que opusiera obstáculos á la completa paz, que con tanto anhelo se deseaba. Y el mismo Arpayá mandó, pocas horas después, arcaibucar en la Vicaría á un hombre del pueblo que había perorado acaloradamente en un corrillo en favor de la guerra.

Pero aun conseguidas tantas ventajas, el perplejo Duque dilató algunos días la conclusion de la avenencia, esperando tal vez los socorros que por todos los conductos imaginables había pedido á Madrid, y que ya ciertamente tardaban. La dilacion en terminar un negocio con tanta facilidad allanado en ventaja del gobierno, no dejó de producir graves inconvenientes, pues conservó la ciudad en un estado anómalo, en que si bien no se tiró un tiro de una ni de otra parte, ni se hizo obra ninguna de ataque y defensa, la mutua desconfianza tenia siempre las armas en la mano; y el pueblo, poco disciplinado, hallándose mal, ocioso y armado, se dio á saquear é incendiar los palacios y efectos de los nobles y de los pudientes, que estaban ó en las provincias ó refugiados aún en Castelnuovo. El general don Francisco Toraldo trataba en vano de impedir estos desórdenes, y de atajar las venganzas particulares; pero su autoridad era tan escasa, como lo es siempre la que tiene por origen la eleccion de un pueblo amotinado. Por fortuna no se pensó más en el prior de la Rocella, ni en los otros caballeros custodiados en su casa, y de que era carcereira su hermosísima y gallarda mujer; pues se retiraron adonde quisieron en plena libertad, y aun entre los aplausos de los mismos que pocos días antes querian beber su sangre. Así pasan los odios populares, tan terribles en el primer momento.

Las provincias del reino, siguiendo los movimientos de la capital, habian sido teatro de grandes desórdenes, y nuevas revueltas y nuevos asesinatos tenian la tierra toda en combustion. Y las noticias de tan tristes acontecimientos aumentaban la inquietud de la ciudad, que iba escaseando de viveres, y cada día se veía más aislado el gobierno legitimo, y con más obstáculos que superar para su completo restablecimiento.

El día 5 de setiembre se adhirió por fin el Virey á la nueva capitulación; y puestos todos de acuerdo, con gran satisfaccion de la mayoría de los habitantes de Nápoles, que deseaban el término de tantas angustias, se dispuso su solemne publicacion y juramento en la catedral.

Empezaron los preparativos necesarios para dar el correspondiente aparato á aquella solemnidad; pero recibió el Virey varios avisos de que los discursos y bulliciosos, bien que en pequeño número, andaces sobremarinos, acalorados por emisarios extranjeros, conspiraban secretamente para llevar á cabo el plan frustrado el día de la Virgen de Agosto. Y muchos clérigos y religiosos le dijeron con gran reserva, que sabian por el confesionario, que se tramaba contra su vida: noticias todas que lo dejaron confuso y sin saber qué partido tomar. Consultó con varias personas, que creyendo de muy mal efecto el que manifestara desconfianza, y que tambien podian ser exagerados los avisos, fueron de parecer de que debía ir el Duque á la catedral, tomando de antemano todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. Pero el bizarro Vargas Machuca, gobernador de Castelnuovo, dijo con calor que su opinion era que de ningún modo debía la suprema autoridad ponerse en manos de los facinerosos: que nada importaba que la generalidad del pueblo estuviese de buena fe, si una docena de revoltosos podian á su gusto inflamarla y empujarla á los más horrendos atentados; y que una vez apoderados del Virey, cuya persona representaba la del soberano, era de temer un descaído á la majestad real, y que el motin tomase descaradamente el carácter de rebelion. Las palabras de este pundonoroso, entendido y experimentado militar hicieron el debido efecto, y desistió el Duque, en lo que no hizo un gran sacrificio, de salir de su guarida para asistir á la ceremonia (1).

Resuelto así, envió el Virey á llamar á los jefes populares de su devocion, y les habló del modo más conveniente para que estuvieran alerta y á punto las masas populares de que disponian. Y luego llamó á los otros, menos deseosos de paz y del restablecimiento de la tranquilidad, y con palabras magnificas, halagándolos primero, acabó por manifestarles, que habiéndose introducido entre el pueblo muchos facinerosos y algunos emisarios de los enemigos del Rey, capaces, para imposibilitar

todo ajuste, de arrojarle á cualquier crimen que mancharia la reputacion del pueblo napolitano, y desvirtuarla la justa causa de sus esfuerzos, habia resuelto, para evitar todo compromiso, jurar la capitulación en la capilla del castillo: siendo para la validez del acto enteramente indiferente que la ceremonia se verificase en uno ú otro santuario. Si estas palabras del Virey desconcertaron á alguno de los concurrentes, cuidó de simularlo. La mayoría las creyó sinceras, y muchos muy fundadas; y como fueron repetidas á las turbas no hicieron el mal efecto que era de presumir.

El día 6 por la tarde, sin haber de antemano manifestado tal intento, salió el Virey imprevistamente á caballo, rodeado de oficiales de guerra, y pasó algunas calles de la ciudad, con precaucion si, pero sin temor, seguro de que ignorados que iba á dar aquel paseo, no podia estar urdida trama alguna contra su persona. Esta aparente muestra de confianza acabó de asegurar los ánimos de los que deseaban la paz y no tomaban parte en las secretas conspiraciones. Por lo que no dejó de oír algunos vivas y aplausos del Duque, ántes de regresar al castillo, como lo verificó al anochecer.

Al día siguiente por la mañana concurrieron á Castelnuovo, á caballo y en solemne procesion, el electo Arpayá, el capitán general don Francisco Toraldo, muy mortificado de la gata, los maestros de campo, los jefes populares Désio, Polito y Marchesse, y detrás de todos en una carroza de gala con lucido séquito, el cardenal Filomarino, seguidos de numeroso pueblo. Dejaron todos los caballos para pasar el puente levadizo, y las armas para atravesar los rastillos, cosa que mortificó muchísimo á los populares; y más aún al ver toda la guarnicion formada, grandes retenes en las plazas de armas, y preparadas y á punto las baterías.

En la capilla de Santa Bárbara, ocupando cada cual su puesto correspondiente, y dejando entrar alguna gente del pueblo, se leyeron los 58 artículos de la nueva capitulación adicional, y se juró en debida forma por unos y otros su cumplimiento. Terminado este importante acto se cantó un solemne *Te-Deum*. Y en seguida tomó la palabra el Virey, y arengó con destreza y sagacidad á los concurrentes, elogiando al pueblo, pero condesciéndose de los excesos inevitables, que habian tenido entrada en aquellos días de confusion. Insistió en que el alzamiento habia sido razonable, y promovido con motivos muy justos; pero afeó el que la primera capitulación hubiese sido infringida; trató de inculcar la idea de que emisarios extranjeros de los enemigos del Rey eran los que agriaban los ánimos, y abusaban del candor de los napolitanos; y concluyó manifestando el estado de penuria en que se hallaba el tesoro, y la necesidad de que la ciudad hiciera un nuevo generoso esfuerzo, y un extraordinario servicio, no ya al rey, sino á sí misma. Pues no se trataba de enviar socorros á España, sino de procurarlos á los mismos habitantes de Nápoles, donde las circunstancias habian aumentado tanto la miseria, que faltaba subsistencia para todos, y no se podia atender á la manutencion de las tropas y á las necesidades urgentísimas de la marina. A esta arenga, que fué muy bien escuchada y recibida, contestó el teniente Désio, poniéndose en pie, y proponiendo con desenfado: que en virtud de que estaban completamente abolidas las gabelas para no aparecer más, y siendo indispensable atender á los gastos del servicio público, se diese á S. M. una voluntaria contribucion de quince carlinos (22 reales vellon) por cada hogar. La aprobacion fué unánime. Los vivas asordaron el aire, y se creyó terminada de veras la sublevacion (2).

#### CAPITULO VIII

Publicado solemnemente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos días en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legitima no se restableció cual se esperaba, y para lo que no le faltaban apoyos; y el pueblo armado, y obediente siempre á los jefes de la sublevacion, estaba pronto á volver á la pugna, y á renovar los desórdenes, con pretexto ó sin él, según se les antojase á los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que este es el primer bien, la necesidad primera de la sociedad; pero la minoría que nada tenia que perder, y si mucho que ganar en el desorden, quería nuevo movimiento. Y como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven, y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez á commoverse los ánimos, y á presentarse síntomas de alarma y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y carteles, acusando á los españoles y á los nobles de planes de reaccion y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldía, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noti-

cias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de setiembre un bando, con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratificacion á los que los delatasen. Confirmó el Virey esta disposicion, y mandó además, sabiendo que la ciudad hervia en emisarios extranjeros, que en el término de tres días saliesen de ella los franceses, piannonteses, saboyanos y sicilianos, que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los tejedores de seda, con lo que disgustó grandemente á los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los viveres, y trató, esperando ya de un momento á otro la armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos, y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos varias cartas en cifra de algunos jefes populares al marqués de Fontenay, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para con poca fuerza apoderarse del reino, renovó la vigilancia y el cuidado, teniendo á cada instante verse atacado por los franceses.

El día 12 recibió aviso el Virey por una falúa que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la armada española, al mando del hijo natural del Rey. Y esta circunstancia desagrado mucho al Duque, y le agrió el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su consejo íntimo de mantener secreta la noticia, pero el día 18 empezó á traspirar y á producir diferentes efectos por la poblacion. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debian restablecer un orden duradero en el país; pero los alborotadores de profesion y los jefes populares, que no querian volver á las tareas de su condicion privada, y que se saboreaban con el mando, compellieron al general Toraldo á avistarse con el Duque y á proponerle, que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta, para evitar mayores daños. Excusóse el Virey con decir que viniendo directamente de España y á las órdenes de un príncipe real, no podia darles orden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho al populacho conmovido; y pues empezó descaradamente á aprestarse á la resistencia, proveyendo largamente de armas, viveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreón del Carmen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con más ánimo, fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castelnuovo y el arsenal, y que en los pasados días habia ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicacion de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de setiembre, y alarmado el populacho manifestó desde luego su disgusto. Iban creciendo los grupos de descontentos, y empezando á manifestarse clara la alteracion; cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masanielo, y jefe de una de las bandis de muchachos que, como dejamos dicho, dieron principio á la sublevacion, y uno de los que mayores atrocidades habian cometido durante ella, vino á dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desarrapadas turbas, y quisieron matar á uno de los jefes populares llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz, y que habia tenido en su casa á aquel revoltoso y atrevido manco. Fueron pues á asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al Virey y á todos los españoles (3).

El rumor del motin y la noticia de su objeto llegaron á un mismo tiempo al duque de Arcos, que recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasion hubiera podido un cañonazo ahuyentar para siempre. Acudió tambien á Désio, que en union con Arpayá calmó el alboroto. Pero ¿cómo?... Mandando con beneplácito del Virey suspender inmediatamente las obras de fortificacion comenzadas, y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente excusa de la autoridad suprema, asegurando á la pilleria que la prisión de Pione se habia hecho sin su conocimiento, y haciendo castigar á los que la habian verificado. Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motin contento y servido, y se desahzo la alterada reunion de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenia el Virey á pocas millas una armada mandada por un príncipe español, y tenia tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenia de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusion!

Al siguiente día volvió á alterarse, con disgusto de todos, la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicaban como solian en la plaza del Mercado, commovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se desahzo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el manco Pione, y un cañón de Masanielo fueron aquella noche arrestados, y con-

ducidos con sigilo á Castelnuovo, de donde no volvieron á salir (1).

En todos estos alborotos tomaba parte más ó menos, según se lo aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio, y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masanielo ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevacion, era el maestro arcabucero Genaro Annese. Pero aunque contaba con muchos partidarios, no habia podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y á su teniente Désio; conservando empero con casi absoluto dominio el mando del Torreón del Carmen, ciudadela del populacho, y el gobierno del barrio del Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre aunque corbarde audacísimo, era el que con más calor se oponia á todo avenimiento, sembrando las noticias más alarmadoras, y las especies más á propósito para desacreditar á Toraldo, á Désio y á los jefes populares, que propendian á la paz y al orden. Y espionando continuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el día 30 de setiembre.

Habíase ya negado á recibir la exorbitante cantidad de pólvora, que con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos estaba depositada en el torreón del Carmen, por disposicion del capitán general del pueblo y del electo Arpayá, se conduxese una gran cantidad de ella á Santelmo, Annese levantó el árteco la recua que conducia la pólvora, y dispersando la escolta, se la trajo á su torreón. La noticia de este atentado, que commovió algun tanto la ciudad, llegó al convento de San Agustín, donde Toraldo, su teniente Désio, el electo Arpayá y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Désio con el rostro encendido y ademán violento dijo á Toraldo: *¡A qué juego jugamos!... ¡De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz, si otros la rompen y atropellan con tanto descaro! Tales atentados merecen pronto escarmiento.* — Don Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posicion, se encogió de hombros y respondió: *el señor electo, que tiene más autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzgue más oportunas.* Con lo que Arpayá enardecido y sin reflexionar lo que decia, ni delante de quien hablaba, se levantó exclamando: *Hagamos matar á ese tunante. Yo por mí daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.* Y salió apresurado y resuelto, como para que las consecuencias que podía tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado á San Agustín Genaro Annese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congeria, animado por las palabras del electo y por el espíritu que reinaba en la junta, se arrojó á él con un puñal enarbolado. Interpuséronse algunos frailes, que huuyendo desparoviro se ocultó en el coro detrás del órgano, y á poco rato saliendo por un postigo secreto se fué al barrio del Lavinaro, á pedir cumplida venganza. Corrió pronto la noticia de este suceso, y conociendo el electo que podia encontrar graves peligros en la plaza del Mercado, adonde se encaminaba, mudó de rumbo y se fué al barrio de Santa Lucia, que estaba á su devocion. Panarella, despedido de no haber asegurado el golpe, fué en su busca y le ofreció poner inmediatamente sobre las armas todo el distrito de la Congeria, y atacar al del Lavinaro, como hospedaje y asilo de la pilleria que estaba presente lo aprobó, y marchó á levantar tambien con el mismo objeto los barrios altos.

Tocóse arma, resonaron las campanas á rebato, commovióse la capital toda, y se puso en defensa el Lavinaro con Annese á la cabeza, ayudado de los barrios del Carmen y de la Marina, que hicieron causa comun; mientras que el de la Congeria con su jefe Panarella, y seguido del de las Virgenes, San Juan, y Puerta Capuana, se preparaban al ataque con resolucion. Prontos pues estaban á combatir y á destruirse entre sí los sublevados, dividiendo en bandos la ciudad, y decidido el que capitaneaban Panarella y Désio, que era el más granado y numeroso, á pasar á cuchillo á la pilleria, y á destruir con fuego los barrios en que habitaba; reñando tan ciego furor y tan enardecido como entre ambas facciones, como si no fueran las mismas que pocos días ántes formaban un solo cuerpo, peleando por la misma causa, y perpetrando crímenes tan horrendos.

Sahedor el duque de Arcos de lo que ocurría en la ciudad, creyó gozoso llegado el momento de su seguro triunfo. Y para caer oportunamente sobre el pueblo así dividido, asegurando una completa venganza, mandó poner á punto la artillería de los castillos, y preparar las guarniciones para hacer

(1) De Santis. — Capececlatro, MS. — Raph. de Turris.

una repentina salida en la ocasion conveniente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fratricida, permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia, y para declararse á tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad á inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya á embestirse para empezar una lucha de exterminio; cuando el príncipe de Massa, don Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazon benéfico y generoso, y sin más objeto que el de impedir los desastres del momento, corrió á probar fortuna y á meterse entre los opuestos y encarnizados bandos, para exhortarlos á la paz. Llegó á caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad, y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronto ser escuchado, y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamado ante sí á Annese y á Panarella, les obligó á hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y á que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas á las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertó al Virey este imprevisto desenlace de aquel drama, y tan sangriento y espantoso habia arreado. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron que Toraldo habia cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de la corona á quien decia servir, ora por los del pueblo sublevado á cuya cabeza se hallaba; pues venida la gentuza alborotadora del Lavinaro, como lo iba á ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron; y la ciudad de Nápoles, libre de la levadura de discordias, y sin continuar en aquel estado horrendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar desahogada de impuestos arbitrarios, y regida de la manera más conveniente á sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo obrando por el instinto de hombre de bien, emperó muchísimo su difícil posicion; pues se atrajo el odio de los españoles y de los napolitanos, que deseaban acabar con los motines, sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

#### CAPITULO IX.

El día siguiente 1.º de octubre de 1647 avisó al amanecer el castillo de Santelmo, que una gruesa armada se descubria en el horizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y aun el mismo Virey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigia, aseguró á todos que era española, la que ya entraba en el golfo de Nápoles con viento favorable y con mar bonancible. Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos, y despertando temores y esperanzas. Cubriéronse de curioso genio playas, marinas, muelles y azoteas, para ver llegar aquellos bajeles, cuyo arribo debía producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos y fuertes, incluso el torreón del Carmen, saludó la insignia real, que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y á media tarde fundearon majestuosamente enfrente de la Marina, bajo el cañon de Castelnuovo, veintidos hermosas galeras, doce gruesas naves y catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, joven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traia por director y consejero (bien que se habia quedado atrás por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeles que venian de Génova) al valiente caballero y experimentado marino don Carlos Doria, duque de Tursi, nieto del célebre Andrea y padre de Giannettino que mandaba las galeras napolitanas. Venian además con S. A. el duque de Gandia y el baron de Batteville como consejeros, y un Gaspar Leguia como secretario (2).

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, sublevado hasta entonces, pero no rebelde. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros menos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas más adelante. Pues aunque tenían que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles, pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenían muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos, aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba sólo medios de ejercer sin límites la suya de Virey, disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del joven príncipe para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traia para restablecer su dominio, y desquitarse con usura de las humillaciones á que lo habian conducido su impre-

(2) De Santis. — Capececlatro, MS.

vision primero y luego su debilidad. Envió á felicitarlo del deseado arribo á su yerno el marqués de Lombay; y poco después al visitador general del reino, bien adestrado en las ideas que sagazmente debía sembrar en el recién llegado, acerca del estado del país y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran media en el ánimo de don Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que ya tenia la sublevacion, de la que habia adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traia á bordo, y que no pasaban de tres mil quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos en esta numeracion al contemporáneo de Santis y al maestre de campo Capececlatro; aunque autores posteriores, que han querido acaso aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde, acrecentando el número de las tropas que lo combatian, afirman que pasaba de seis mil hombres los que trajo la armada. Número siempre escaso para competir con más de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados á las armas, mandados con inteligencia, y sostenidos por circunstancias de mucha gravedad y por el estado del reino todo.

Al anochecer fué el Virey en persona á visitar al príncipe, y cuidó de llevar adelante su plan y de dar más extension á las pláticas ya entabladas por su confidente el visitador. Halló á don Juan frío y discursivo y muy dudoso en el partido que debía adoptar. Pero le contó los hechos á su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino y más de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darian inmediatamente apoyo, que el joven príncipe y sus sesudos consejeros quedaran casi convencidos de las razones del Duque; decidiendo, sin embargo, que se obrara con mucho pulso, y que ántes de apelar á la fuerza se apurasen los medios de prudencia y de conciliacion (3).

Al día siguiente remió el Virey en Castelnuovo á don Francisco Toraldo, capitán general del pueblo, á su teniente Désio, á los electos y diputados de los sediles, al electo del pueblo y á los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los más influyentes, y les manifestó que la escuadra española destinada á cruzar en el Mediterráneo para proteger y defender las costas y perseguir á los piratas berberiscos, habia llegado por casualidad al puerto de Nápoles, sin más objeto que el de refrescar viveres y reparar las averías causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo algo para hostilizar á los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el Rey; pero que viniendo de almirante de aquella escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del soberano, y que miraba como hermanos á todos los súbditos de su padre, razon era obsequiarlo y servirlo como merecia, abastecer largamente sus bajeles y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debia pues convidarse á honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitase para reponerse; y que para que su venida á tierra fuera un nuevo vínculo de paz y de concordia, debía el pueblo disponer las armas, y si aun tenia merced que pedir ó reclamaciones que demandar, hacerlo con toda confianza á tan excelso y benigno huésped, sin darle el aire de exigirlas, porque no seria decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni para la reputacion de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Nápoles. — El discurso del Virey, bien que muy estudiado, y sin la menor expresion que pudiese inspirar desconfianza ó herir la susceptibilidad de los sublevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por más que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes poniéndose en pie, entre el murmullo general de desconcierto, manifestó con el rostro encendido y la voz alterada; que el pueblo no crea tan casual é inocente el momento de la escuadra, ni tan bien dispuesto á su comandante. Que veia su perdicion en el momento de dejar las armas, como se le pedia; y que asunto tan grave y trascendental no podia tratarse tan á la ligera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunion, quedando todos sospechosos y desahidos.

En seguida se convocó otra mucho más numerosa en el convento de San Agustín, á que concurrieron todos los jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo á discusion si debía ó no dejar las armas el pueblo, para recibir en la ciudad al señor don Juan de Austria. Acaloradísimo fué el debate; hablóse largamente en pro y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del Virey y de Toraldo. Los que miraban más adelante, y debian á la sublevacion su importancia y engrandecimiento, se opusieron con sentidísimas razones, manifestando que seria el soltar las armas entregarse á discrecion de enemigos poderosos y enconados; y abastecer la

(3) De Santis.